

EL SABIO TOTAL: IBN FIRNÁS

Mònica Rius*

Nacido en Ronda o en su Serranía, pero establecido en la sede del poder, la Córdoba de los emires omeyas, Ibn Firnás (muerto en 887 d. C.) fue un claro precedente del sabio renacentista; en efecto, al modo de Leonardo da Vinci, destacó en el cultivo de las ciencias, de las técnicas y de las humanidades. Conocido por sus intentos de volar con unas alas que él mismo se construyó, representa un primer modelo de sabio andalusí, que, tras asimilar las influencias que venían de la Bagdad abbasí, desarrolla ya en al-Ándalus un saber que no es copia servil.

La figura del artista renacentista, del sabio total, que fue Leonardo da Vinci forma parte consolidada del imaginario europeo actual. Del mismo modo, cualquier ciudadano occidental debería estar familiarizado con 'Abbás ibn Firnás (m. 274 de la Hégira/887 de la era cristiana), uno de los personajes más emblemáticos de al-Ándalus. En realidad, su fama —tal vez algo desvirtuada— perduró durante siglos, pero acabó diluyéndose casi por completo. Es objeto de este artículo, pues, el volver a situar a Ibn Firnás en una vitrina que repare medianamente esta situación de olvido.

Con la mayor naturalidad, Ibn Firnás combinó las ciencias y las letras adornándolo todo con unos tintes artísticos muy particulares: este ilustrado polifacético fue experto, entre otras disciplinas, en alquimia, poesía, astronomía y música. De nombre completo Abu l-Qásim 'Abbás Ibn Firnás ibn Wardás, parece que sus orígenes eran de Berbería, aunque algunas fuentes afirman su ascendencia muladí. Sea como fuese, debemos situar sus raíces en la comarca de Ronda, a pesar de que vivió la mayor parte de su vida en la capital, Córdoba, donde fue cortesano. El cronista Ibn Hayyán le dedica amplios pasajes de su *Muqtabis*, donde aparece al servicio de los emi-

res omeyas al-Hákam I (gobernó los años 796-821), 'Abd al-Rahmán II (g. 821-852) y Muhámmad I (g. 852-886). Ibn Firnás es un ejemplo del nivel que podía alcanzarse en la península Ibérica sin necesidad de hacer un viaje de estudios a Oriente —una práctica común entre las élites intelectuales del momento—, por lo que representa uno de los primeros frutos de la política que habían emprendido los emires omeyas de recopilación de las obras que circulaban en Bagdad, la gran capital abbasí. Además contribuyó en gran medida a la divulgación de la ciencia oriental en al-Ándalus.

Se ha comentado que los andalusíes mostraron cierto complejo de inferioridad ante la magnificencia y el desarrollo de las regiones centrales del imperio islámico, pero eso no puede aplicarse a Ibn Firnás, alguien que no tenía nada que envidiar a sus coetáneos orientales. La demostración viene corroborada por el hecho de que se le podía equiparar por su capacidad intelectual, mas también por su apariencia externa, con el gran poeta al-Buhturí (820-897). Con Ibn Firnás, Córdoba se asemeja a Bagdad.

Gracias a su mente privilegiada fue el primer andalusí en entender el complicado tratado *Modelo de*

* Universitat de Barcelona.



Dirham del Emirato, año 877-8, anverso



Dirham del Emirato, año 877-8, reverso

métrica (*Al-Mizal min al-'arud*) de al-Jalil ibn Áhmad. El libro en cuestión corría por la corte en tiempos de 'Abd al-Rahmán II, pero nadie sabía descifrar su significado, de modo que las esclavas acabaron poniéndolo como ejemplo de sinsentido. Cuando Ibn Firnás supo del asunto, se interesó en examinarlo y se dio cuenta de que para comprenderlo correctamente era necesario leer una primera parte, *El libro de los tapices* (*Kitab al-furush*), así que aconsejó al emir que lo mandara comprar, algo que éste hizo de inmediato. Además, impresionado por su valía, le colocó en su círculo íntimo. Ibn Hayyán transmite que el mismo Ibn Firnás compuso un tratado de métrica (*Kitab fi l-'arud*), aunque no se conserva. Es evidente que el nivel de lengua árabe de Ibn Firnás era excelente, hecho del que dan cuenta sus biógrafos al elogiar sus composiciones, como por ejemplo los siguientes versos de tema floral:

«Aparecen en el jardín las rosas con las margaritas
como unos labios rojos de una boca que ríe.»¹

Es difícil hacerse una idea completa de la obra poética de Ibn Firnás, puesto que los restos se hallan dispersos en varias fuentes, especialmente en el *Muqtabis*. Sin embargo, puede caracterizarse a grandes rasgos su estilo como el de un loador profesional, pues sus versos surgen con la finalidad de alabar las excelencias de un emir —o alto dignatario—, de can-

tar la gloria de una campaña llevada a cabo por un emir, o bien para acompañar un instrumento científico —que se ofrece al emir, naturalmente—. El contrapunto a tanto servilismo son los duelos poéticos que mantenía con Mu'min ibn Sa'íd. En efecto, en las siempre complicadas relaciones que se establecían entre los poetas más allegados al emir, una de las que acabaron haciendo historia es la de Ibn Firnás con Mu'min ibn Sa'íd. Algunas muestras de los versos que se intercambiaron llegan a unas cotas francamente elevadas de procacidad, lo que le permitió ejercer su magisterio lingüístico en otros registros distintos a los habituales. Con Ziryab, en cambio, colaboró en diversas ocasiones, componiendo canciones —que él mismo podía tocar con el laúd—. Su magisterio musical parece fuera de toda duda.

Como se ha apuntado ya, Ibn Firnás maridó las bellas letras con la ciencia y la técnica. Fue de los escasos afortunados que llegó a constar en el registro de los poetas y en el de los astrónomos, por lo que percibía un doble sueldo. Como científico tampoco se limitó a restringir su contribución a un solo campo, sino que practicó —especialmente— alquimia y astrología. No hay noticia de que redactara tratados teóricos, sino que se observa en él una tendencia a la técnica. Por ejemplo, construyó una clepsidra con autómatas que regaló a Muhámmad I para que este pudiera saber las horas de la oración en cualquier

circunstancia, sin necesidad de observar directamente el firmamento.

«He construido el mejor de los instrumentos para la religión,
para cuando no podáis determinar la hora de cada oración,
para cuando no se ve el Sol de día ni iluminan
los luceros las profundas tinieblas de la noche.
Entonces la diestra del emir de los musulmanes, Mu-
hámmed,
pone de manifiesto el momento de cada oración.»²

Es muy interesante remarcar que estos versos —como el instrumento en sí— se enmarcan en la más estricta ortodoxia, pues fue acusado de *zindiq* con motivo de otra de sus habilidades científicas, la práctica de la alquimia. En una ocasión, y como resultado de sus experimentos, empezó a salir un líquido rojo por los desagües de su casa que el vulgo rápidamente identificó con sangre, así que elevaron su queja al juez, quien desestimó la causa por falta de pruebas. Cabe destacar que —al menos en el relato transmitido por los cronistas— las clases bajas son reacias a todo aquello que no entienden —lo que por su falta de formación significa la mayor parte de las cosas—. En cambio, las clases altas, en especial los emires, aceptaban —e incluso sufragaban— a estos personajes, haciendo gala de una visión abierta de la religión. Esto no quiere decir que no hubiera celo religioso, naturalmente; en contrapartida, la cercanía del poder representaba estar sometido a unas cotas de justicia bastante aleatorias. Ibn Firnás, por ejemplo, tuvo que esperar la recompensa a sus aportaciones pacientemente, aunque tal espera le reportó percibir dos sueldos, además de las recompensas esporádicas que recibía por versos sobresalientes³.

También construyó una esfera armilar, en época de 'Abd al-Rahmán, que acompañó de los correspondientes versos:

«Completo está el instrumento que me encargase
que no pudieron lograr grandes filósofos, salvo yo;
si Ptolomeo hubiera acertado en hacerlo,
no se hubiera ocupado de tablas canónicas,
y si el sol lo hubiese visto en su horizonte,
le habría enviado su luz medida,
y las mansiones lunares, ocultas todas

a los ojos con el horóscopo de cada momento,
verían durante el día, cual aparecen
en la noche, en su tiniebla oscura.»⁴

De estos versos se deduce que conocía las «tablas canónicas» (*qanún*) que su colega 'Abbás ibn Násih había importado por encargo del mismo emir. Además, su carencia de humildad, al compararse con Ptolomeo, es patente puesto que considera haberle superado con la construcción de su instrumento. Es difícil, sin embargo, llegar a grandes conclusiones sobre las novedades que podía aportar dicho utensilio, ya que carecemos de una descripción suficientemente detallada.

Otra de sus contribuciones fundamentales sería la de figurar como el primero en introducir en al-Ándalus la fabricación del cristal. A partir de los textos originales es difícil saber si su contribución fue la de introducir la técnica del tallado del cristal de roca o bien, gracias a sus cualidades como alquimista, la de fabricar vidrio a partir de la mezcla de minerales (arena silíceo con potasa). En cualquier caso, la industria del vidrio en al-Ándalus se desarrolló en gran medida a partir de ese momento, lo que viene a significar una aportación importante al desarrollo económico de al-Ándalus. El volumen de novedades atribuidas a este personaje es tal que las fuentes, además de los epítetos más favorables, acompañan su descripción a menudo con la frase «fue el primero en al-Ándalus en...».

Otro de sus logros fue el de organizar un evento, precursor de los *happenings* modernos, al instalar en una sala un firmamento artificial que incluía planetas y estrellas, pero que también incluía rayos y truenos, «efectos especiales» que causaban gran espanto a los invitados. Mu'min ibn Sa'íd, siempre atento a las excentricidades de su rival, le dedicó unos versos hirientes:

«Me senté bajo el firmamento de Ibn Firnás
y pensé que un molino giraba sobre mi cabeza;
es el cielo fabricado por un tonto, rodeado
de una serpiente con colmillos y muelas;
tiene estrellas que te dirán que su creador,
si las miras, es el mayor necio,
pues mañana y tarde trabaja en su obra,
preocupante secreto, reflexión y sugestión de Satán:



Serranía de Ronda desde El Burgo

merecería que alguien lo subiera encima
y desde allí lo tirase de cabeza.»

Pero Ibn Firnás no se quedó a la zaga, pues le respondió: «No lo dijo así; le han cambiado y alterado el primer verso a Abu Marwán, quien realmente dijo: “Me senté en el pene tieso de Ibn Firnás, y pensé que me sobresalía un palmo de la cabeza”; transmitidlo así, que es lo correcto». Sin embargo, estas no son las únicas rimas que se habían cruzado a propósito de la cuestión: Ibn Firnás le había anunciado la creación a su colega recitándole:

«Cree en mi firmamento, ¡oh, creación de su creador!
Y siente terror de sus rayos.»⁵

A lo que Mu’min respondiera con unas obscenidades de un calibre no menor a las que se han mencionado.

Pero, sin duda, la empresa que alcanzó más notoriedad fue la construcción de un artilugio volador.

Aventurero intrépido, se fabricó un traje con alas mediante las cuales pretendía mantenerse en el aire. Él mismo probó el prototipo lanzándose desde la Ruzafa, pero más que volar lo que hizo fue caer con gran estrépito. De mente racional, comprendió que el error había sido no incorporar una cola, pero no hay noticia de que volviera a intentar la hazaña. Naturalmente, Mu’min ibn Sa’íd no desaprovechó la ocasión para escribirle:

«Supera al ave fénix en su vuelo,
al vestir su cuerpo con plumas de buitres.»⁶

De que la gesta fue comentada durante tiempo da cuenta la loa de Agustín de Rojas (1572-alrededor de 1618) en la que se narra la historia de un labrador valenciano que intentó volar, distorsión del original causado por los avatares de la transmisión del suceso durante siglos.

Ibn Firnás, pues, es el protagonista de un retrato multicolor: de la pureza lingüística a la procacidad, de los

instrumentos astronómicos a los «inventos del TBO», es un individuo con tantos matices que resulta, casi, teatral. Merecedor, en cualquier caso, de un análisis riguroso por ser una muestra de las personalidades que se fraguaron en al-Ándalus durante el emirato omeya, debería ser estudiado en los manuales escolares como ejemplo de las cualidades de un buen estudiante: ironía, inteligencia y ganas de aprender.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

- IBN HAYYÁN, *Muqtabis*, ed. facsímil J. Vallvé, Madrid, 1999. Traducción, notas e índices de M. 'A. Makki y F. Corriente, *Crónica de los emires Alhakam I y 'Abdarrahman II entre los años 796 y 847 [al-Muqtabis II/1]*, Zaragoza, 2001, pp. 130v, 131r-v, 132r, 157v, 158r, 168v, 169r.
- AL-MAQQARI, *Nafh al-tib (Analectes)*, ed. Leyden, 1855-1861, vol. I, p. 101; vol. II, pp. 91, 254-5.
- ARAGÓN HUERTA, M., «Ibn Firnas, 'Abbas», *Enciclopedia de la Cultura Andalusí*, Almería, 2004, vol. III, pp. 168-172.
- LÉVI-PROVENÇAL, É., «Ibn Firnas», *Encyclopédie de l'Islam* (2ª edición) vol. I, p. 11.
- RIUS, M., «La actitud de los emires cordobeses con los astrólogos: entre la adicción y el rechazo», *Estudios*

onomático-biográficos de al-Ándalus XIII (2003), pp. 517-549.

- SAMSÓ, J., *Las ciencias de los antiguos en al-Ándalus*, Madrid, 1992, pp. 55, 249.
- TERÉS, E., «'Abbas ibn Firnas», *Al-Ándalus XXV* (1960), pp. 239-49.
- TERÉS, E., «Sobre el "vuelo" de 'Abbas ibn Firnas», *Al-Ándalus XXIX* (1964), pp. 365-369.
- VERNET, J., «Ibn Firnas», *Dictionary of Scientific Biography*, Nueva York, 1970-1980, vol. I, p. 5.

NOTAS

- ¹ E. TERÉS, «Ibn Firnas», p. 248.
- ² J. VERNET, *Lo que Europa debe al islam de España*, Barcelona, 1999, p. 303.
- ³ Como por ejemplo el pabellón que recibió del gobernador de Sidonia, Mahmud ibn Abi Yamil.
- ⁴ Ibn HAYYÁN, *Muqtabis II/1*, fol. 131v; traducción de Makki y Corriente, p. 141.
- ⁵ Ibn HAYYÁN, *Muqtabis II/1*, fol. 131r; traducción de Makki y Corriente, pp. 139-140.
- ⁶ Ibn HAYYÁN, *Muqtabis II/1*, fol. 131r; traducción de Makki y Corriente, p. 139.